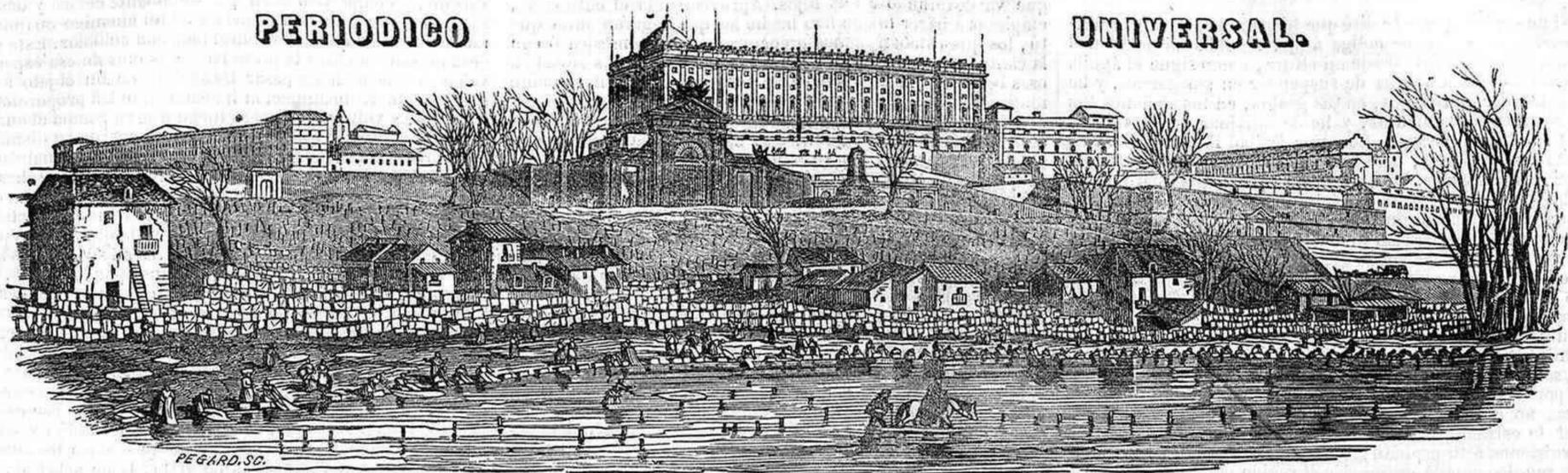


# LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.  
Número suelto 4 rs.

NUM. 31.—SÁBADO 31 DE JULIO DE 1852.  
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.  
Ultramar y extranjero: Año 80.

## EXPOSICION DE LONDRES.

### ECONOMIA INDUSTRIAL.

#### BONETERIA.

Desde 1816 hasta 1830 se fueron introduciendo notables mejoras en la fabricacion de medias y calcetines de algodón, única materia empleada durante dicho período; en ese tiempo tambien empezó á hacerse general la costumbre de dar al contorno de los talones y de los piés, por medio de una máquina, que después se ha perfeccionado, toda la gracia y comodidad de que hasta entonces habian carecido.

En el transcurso de estos catorce años, el jornal fué próximamente de un franco y cincuenta céntimos, á dos francos y cincuenta céntimos.

Hasta 1830, los jornaleros del campo trabajaban generalmente por su propia cuenta, y conducian á las poblaciones sus productos, que vendian á los mercaderes, pues estos no se ocupaban entonces de la fabricacion, y lo único que hacian era traficar por mayor con los artefactos, que compraban á precios muy bajos á los verdaderos fabricantes.

En el referido año sufrió mucho la bonetería, así como todos los ramos del comercio, á consecuencia de los acontecimientos políticos. Los jornaleros-fabricantes se vieron en la precision de vender sus productos á vil precio, considerándose muy felices cuando de su enajenacion podian sacar lo estrictamente necesario para pagar la operacion del hilado. De aquí resultó que casi todos ellos prefirieron trabajar por cuenta de los mercaderes y estos se constituyeron desde entonces en fabricantes. Al abrigo de la crisis se hicieron tambien los primeros ensayos para introducir artículos, estraños hasta entonces á la industria del departamento del Aube y que solo París producía. El mas importante de todos fué la guantería de hilo de Escocia, llamado asimismo algodón retorcido: este género obtuvo gran boga y llegó á ser para el país un principio de incalculables ventajas y beneficios, y el elemento de su verdadera prosperidad y riqueza. Desde 1831 hasta 1837 los buenos jornaleros, que sobresalian en este ramo industrial, llegaron á ganar tres, cuatro y hasta seis francos diarios. Muchos volvieron á su antigua costumbre, esto es, á fabricar por su cuenta y riesgo, contrataron trabajadores y llegaron por último á ponerse al frente de establecimientos de cierta importancia.

Después de la guantería de hilo de Escocia, y cuando ya este artículo empezó á decaer, y por consiguiente á proporcionar menores ganancias á los fabricantes, dieron estos en emplear la borra de seda, la lana y aun la misma seda: de estas materias se fabricaron cantidades enormes de mitones para señoras y niños. Por último desde 1830 hasta 1840 se estableció otra industria enteramente nueva, que abrazaba una infinidad de objetos de capricho. Es preciso confesar

tambien que al mismo tiempo perdian su importancia las medias finas, á pesar de que su fabricacion se habia perfeccionado sobremanera con el descubrimiento del punzon ó puntero móvil que se aplicaba á las operaciones del tejido. Con el auxilio de esta ingeniosa máquina llegó á suprimirse mucha parte de las costuras de los piés de las medias y calcetines; de modo que estas prendas no podian lastimar á los que las usaban: este adelanto solo ha llegado á generalizarse en Francia, donde se aprecian tanto sus ventajas que se consideran de imposible venta las medias de fábrica que no carecen de costuras.

La bonetería de algodón, por lo que toca á artículos de mayor tamaño, y que particularmente se fabricaba en Romilly por los años de 1835, experimentó una revolucion completa. Este país tambien recibía de París sus pantalones, camisetas, chalecos y otras prendas de algodón y de lana. Producía muchísimo este comercio, cuando de pronto surgió entre los comerciantes una concurrencia temible. Hacia tiempo que se habia descubierto en Biard, cerca de Poitiers, una máquina circular, que trabajaba, en igual espacio de tiempo, tanto como diez jornaleros juntos.

Dicha máquina solo servía, por sus pequeñas dimensiones, para hacer gorros; pero M. Jacquin, hábil mecánico de Troyes, y uno de los espositores del Palacio de Cristal, la destinó á otros usos en mayor escala, pues construyó un mucho mayor, con la cual fabricó pantalones, chalecos, camisetas y todas las demás prendas que llegaban de París y que por lo mismo costaban mucho mas. Esta nueva industria cambió como por ensalmo la faz de los negocios en el departamento citado, pues se aplicó á la máquina mencionada el impulso del vapor, y cuantos objetos se deseaban salieron de ella fabricados con una perfeccion increíble. Poco después recibió la máquina otra mejora por medio de cierto sistema de rodaje, que produjo magníficos tejidos de algodón adamascado.

La obra maestra de la mecánica de Troyes acarrea frecuentemente al comercio de esta poblacion grandes variacio-

nes en los precios de sus mercancías. Desde 1840 hasta ahora nada ha llegado á perturbar el estado de aquel comercio, que continúa siendo floreciente.

Muchas casas han hecho lo que siempre debe hacerse cuando se presenta una mejora: han acumulado las industrias, añadiendo al trabajo de la guantería y al de las medias y calcetines el producto de la máquina circular. Para dar una idea de la importancia que el departamento del Aube ha adquirido con este comercio, daremos fin á estas líneas, diciendo que al presente sostiene once mil máquinas, las cuales producen anualmente unos veinte millones de mercancías.

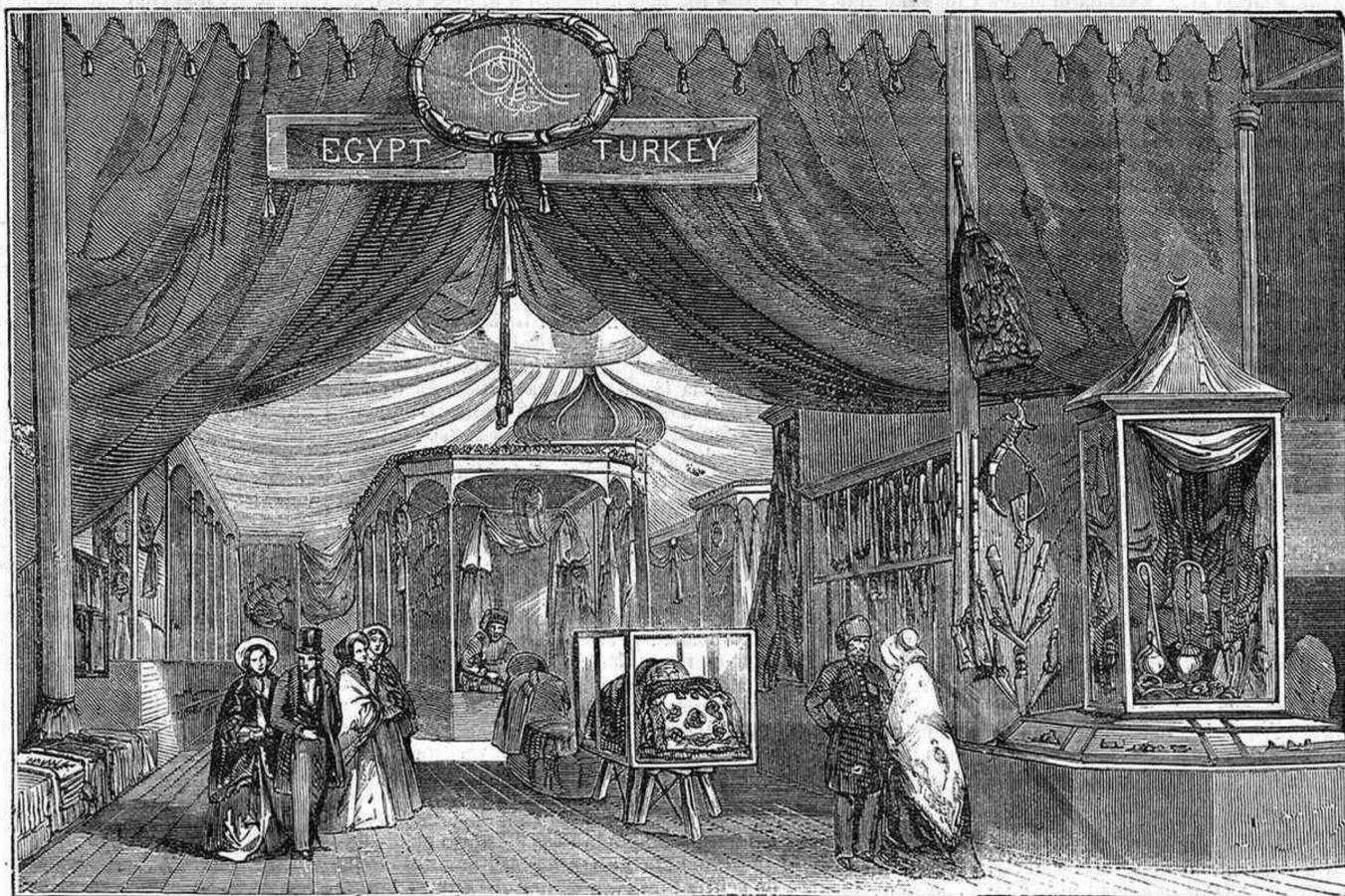
## CARTAS Á UN HOMBRE.

V.

### LA MÚSICA.

Te atreves á concluir tu carta hablando de *razon severa y cabeza fria*, tú que eres todo corazón, tú que en alas de la imaginacion te remontas hasta las regiones del mas fabuloso entusiasmo. Cansado de quemar incienso ante esas hermosuras brillantes que tienen á sus piés nubes de adoradores, como las Concepciones de Murillo nubes de ángeles; no encontrando bastante poesía en esas beldades humanas, que empañan y marchitan el aliento de una sociedad corrompida, que desaparecen tras el humo de que las rodea un mundo idólatra, has ido á buscar en las creaciones de los genios de la pintura, el objeto de un ardiente amor, mitad religioso, mitad sacrilego y completamente fantástico. Apoderado de este objeto, lo has comparado á otro objeto humano, y has hecho la mas estraña combinacion de una muger y una pintura; tributando instantáneamente al lienzo todo el amor que podría exigirte la muger, y rindiendo á esta la veneracion y hasta

el culto que solo merece la que asienta su trono sobre serafines y ángeles. A tus ojos este estraño amalgama será el bello ideal de lo grande, de lo misterioso, de lo sublime; pero, si he de hablarte con franqueza, á mí me parece tu modo de sentir mas que medianamente ridículo; pues estoy viendo en tí un hombre que no gusta de una muger peregrinamente hermosa cuando la mira frente á frente, y queda embelesado y aturdido cuando la casualidad se la presenta reflejada en una luna de Venecia. Con esto no digo nada en contra del entusiasmo artístico que debes experimentar ante un cuadro de Ticiano, Rafael ó Murillo; ni tampoco digo nada contra esa muger que la casualidad ha puesto en parangon con una Virgen. Yo admiro, tanto ó mas que tú, las obras maestras que enriquecen ese verdadero tesoro de los monarcas de Castilla; yo no pongo en duda la belleza de esa muger, á quien ciñes una aureola y asientas sobre un trono de nubes. Yo combato, y aun ridiculizo, esa combinacion fantástica que has hecho en la



Departamento de Egipto y de Turquía.

efervescencia de tu delirio; y la combato porque echarás de menos en la muger, si algún día la encuentras frente á frente, los atributos de la Virgen, y necesitarás para amarla, verla reflejada en la clara luna de Venecia del lienzo que tocó Murillo.

Ni una palabra mas te diré que tenga relacion con tu última carta, pero ella me obliga á fijar algunas miradas en el mundo. Voy á seguirte desde mi altura, como sigue el águila cazadora á la pieza que ha de suspender en sus garras, y he de sorprender en tus ojos, en tus gestos, en tus acciones tus mas ocultos pensamientos, y he de adivinar cuántas veces late tu ardiente corazón. Con una lealtad ilimitada te aviso cuanto me propongo, para que puedas precaverte y contrarrestar mis esfuerzos. Di á tu razon severa que marque un rumbo fijo al pensamiento; di á tu cabeza fria que ajuste una máscara de alabastro, inmóvil, muda é impenetrable, sobre tus facciones; di á tu corazón que esté tan quieto como el de un cadáver en su tumba. Todos escucharán tu voz con la misma indocilidad que oye un corcel la de su ginete cuando el acicate lo irrita y no hace caso de las riendas. La razon forcejeará en vano contra la pasión, que pondrá en juego el ardor de la juventud unido á las fuerzas de un coloso, y mis ojos percibirán la ebullición de tu cerebro, leerán todos tus pensamientos, sorprendiendo sus visibles contradicciones, y contarán uno por uno los latidos de tu corazón inflamado. Hombre de lucha, no comprendes el placer de la tranquilidad, y haces nacer lo extraordinario para proporcionar con ello nuevas convulsiones á tu espíritu; como á presenciar un *paso honroso*, me dispongo á presenciar el reñido combate que van á sostener la razon y la pasión en el cerrado palenque de tu corazón y tu cabeza. Voy á ver cómo se neutralizan ese temor y ese deseo de que me has hablado; voy á ver cómo se quiere y no se quiere al mismo tiempo, cómo se tiene confianza y desconfianza á la vez, cómo se empujan y suceden todas esas contradicciones, olas de una mar combatida por los cuatro vientos cardinales, que forman un carácter, ó al menos un estado moral. Voy á estudiar minuciosamente esos fenómenos, y como pienso ser un juez severo é implacable, quizás tendrás que avergonzarte al considerar que voy tocando los mas recónditos secretos de tu creciente debilidad. Ahora que sabes quién te espía, quién va á apreciar todas tus acciones y hasta todos tus pensamientos, traza tu línea de conducta; pero no creas que te tendré por varon fuerte si te empeñas en una loca resistencia, porque yo sé que algunas resistencias solo prueban indecisión.

Has entrado en un coliseo; una brillante concurrencia ocupa sus numerosas localidades; mugeres hermosas y feas, jóvenes y viejas, nobles y plebeyas, se presentan vistosamente ataviadas, y sus rostros parecen mas frescos y animados entre los torrentes de luz que derraman los mecheros de gas. Algunos centenares de gemelos se fijan alternativamente en cincuenta puntos distintos, y examinan las posiciones de los enemigos, de los aliados y hasta de los indiferentes. El telon está levantado, y el foro representa un jardín; un hombre y una muger respiran sus balsámicas emanaciones; la muger se llama Lucía, el hombre Edgardo; Walter-Scott les dió la vida, Donizetti la inmortalidad. Los acordes de los instrumentos se unen á la voz dulce y melancólica de una muger, que espresa en apasionadas melodías ese sentimiento universal, origen de todo lo bello, de todo lo noble y á veces de lo mas terrible; y á la voz vibrante, aunque tambien dulce, de un hombre, que olvida pasadas ofensas, odios antiguos, rencores heredados, y un juramento pronunciado sobre una losa sepulcral, para repetir nuevos juramentos y tiernas protestas de amor. Tú que has empujado las mamparas con ruda violencia; tú que has levantado los tapices con desenfado; tú que has abarcado con una mirada orgullosa las butacas, el escenario y las plateas, te paras de pronto, te descubres y diriges con paso lento hácia tu asiento, temiendo hacer ruido, y no queriendo robar al atento auditorio ni una sola nota, ni un solo suspiro de amor. Tan luego como ocupas tu butaca, preparas con precipitación los gemelos, y los fijas en la cantante para percibir y adunar la espresion de su fisonomía al suave acento de su voz. Tú sabes que es una gran artista, tú la has visto y oído otras cien veces, y sabes que siempre hace vibrar las cuerdas de tu corazón. Su figura hermosa y teatral, con esa hermosura que no consiste en la delicadeza de los detalles, sino en la perfeccion del conjunto, la nobleza de su ademan, que hasta en la sencillez de una aldeana y en el candor de una niña tiene algo de la majestad de una reina, el fuego que despiden sus ojos, fuego que alumbraba ó que destruye segun la pasión que lo enciende, y ese brio que sabe amoldarse á la indignacion y la ternura, ejercen sobre tus sentidos esa fascinacion irresistible que dan á esos cantos que entre las olas modulan traidoras sirenas.

Tú no procuras engañarme ni te acuerdas de mí siquiera, y puedo leer en tu pensamiento, como en un libro cuyas hojas voy recorriendo á mi placer. En tu propension á buscar en todas partes lo extraordinario, á no ver las cosas como son, á componer monstruos, has hecho de la cantante y de la heroína un ser complejo, como hiciste del lienzo de Murillo una muger y una Virgen, y de la misteriosa aparecida una Virgen y una muger. Poco te importa que la artista sea un tipo de belleza griega, de esa belleza majestuosa en la arquitectura, en la poesía, en la escultura, en la filosofía, en la pintura y hasta en la historia, y que, en vez de la túnica suelta y el manto, lleve la doble falda, el corpiño y el plaid escocés; tú no vacilas en correr desde las playas de la Escocia al Pireo, y pones sobre los hombros de Lucía la cabeza de Frinee ó Aspasia. ¿Qué te importa condensar tiempos, estrechar distancias, amalgamar costumbres y hasta cruzar raza con raza, si por premio de tu trabajo tienes un ídolo á quien quemar incienso, aunque este ídolo esté compuesto, como el de Nabucodonosor, de barro, bronce, plata y oro? Aplaudes, aplaudes á esa muger, no solo porque es grande artista, sino porque te ha dado un mito: haz que la llamen á la escena, arrojala flores y coronas, pero no te quedes tan frio en el momento que ha cesado el entusiasmo general. Si no has de conservar siquiera algunos minutos la memoria del triunfo que acaba de obtener; si no has de cerrar siquiera los ojos para continuar viéndola un instante, ¿por qué no te has contentado con verla y oirla, como la han oído y visto los demás? ¿Por qué has unido á su existencia real otra existencia mas interesante, mas poética? ¿Para que tú me respondieras seria preciso, pobre soñador, que

estuviera tu razon tranquila, y esto no puede suceder á quien vive en un mundo de fantásticas ilusiones. Tú me dirás que no las tienes, porque apenas nacen se destruyen; pero eso que importa si otras nacen, y tu imaginacion es un Saturno que va devorando á sus hijos. Aprovechando el entre-acto, empieza á hacer lo que han hecho los que llegaron antes que tú, los que estaban menos preocupados con la música ó con la cantante; y con el auxilio de tus gemelos pasas revista á esas belladas que no te encantan porque son lisas y llanamente mugeres.

Mas supuesto que no te interesan, ¿por qué sigues la direccion de sus respectivas miradas, hasta averiguar sobre qué objeto se reposan? ¿Si caen sobre un hombre tendrás celos?... ¿Te alegrarás si tienen por blanco una muger ó un niño?... Ni lo primero ni lo segundo. Eres simplemente uno de los cien ojos de ese Argos, llamado sociedad, que todo lo espía, que todo lo ve, que todo lo comenta. Pero ni espía, ni ve, ni comenta, para imponer á las malas acciones el correctivo ó el castigo de su solemne reprobacion; para dispensar á las buenas el premio y el estímulo de su aprobacion y su aplauso. Ve y espía para satisfacer una curiosidad ora criminal ora pueril, comenta para entretener sus ratos de ocio; recuerda para alimentar su mordacidad venenosa, y olvida para no privarse del placer de nuevas sorpresas. Tú, espíritu fuerte, haces lo mismo que la sociedad entera, y sin embargo murmuras, maldices y te quejas porque los hombres son para tí lo que tú eres para ellos, porque no son la blanda y dócil cera que necesita tu turquesa... ¿Por qué se han fruncido de pronto tus cejas, se han dilatado tus pupilas y has quedado en una completa atonia?... ¿Qué has visto?... ¿Has visto por ventura aquella cabeza de Medusa que convertia en mármol á cuantos osaban clavar en ella sus miradas? No por cierto. No está pintada en tu fisonomía la espresion del terror: está la duda únicamente. En aquella platea estás viendo una joven á quien no conoces, pero á quien has visto otra vez, y por un movimiento instintivo vuelves la cabeza á otro lado, como si buscaras con qué establecer un cotejo. Efectivamente lo buscas. La joven que está sentada en la platea es el modelo ó la copia de la Concepcion de Murillo, y tú estás buscando el lienzo, para cerciorarte de que no te engañas por medio de la comparacion. Antes de seguir es preciso que demos un nombre á esta muger, para que podamos hablar de ella sin digresiones ni rodeos, y supuesto que tú la encuentras modelo ó retrato de una Virgen, podremos llamarla María. María es un nombre dulce y sencillo, que repiten los ángeles un millon de veces en sus coros; un nombre que indica pureza y santifica una muger. Ocupémonos de María.

Fijos estan en ella tus ojos, y por un momento á lo menos te has olvidado enteramente de aquellas pequeñas intrigas que preocupaban tu atencion. Estoy conociendo que te admira ver su frente tersa y blanquísima, como la de una estatua de alabastro, sin que la surque un solo pliegue ni ligeramente se trasluzca que allí se agita el pensamiento y se aglomeran los recuerdos. Muy delicadas te parecen aquellas mejillas nacaradas, de una exquisita transparencia, y aquellos hermosos ojos negros, grandes y rasgados, fijos en un ramo de flores y tan modestos como los de la Virgen de Murillo. Te sonries involuntariamente al contemplar aquellos delicados labios que estan sonriendo á las rosas y que son mas frescos y húmedos que ellas. Tambien te llaman la atencion los abundantes cabellos, negros y sedosos, que son el único y sencillo adorno de aquella modesta hermosura. ¿Por qué, después de contemplarla, diriges miradas inciertas hácia todas partes, buscando el cuadro de Murillo?... ¿No te basta poder contemplar una muger cuya belleza has divinizado tu mismo, sino le das al mismo tiempo algo de sobrenatural y vago?... Mira que mas de una muger hermosa la está mirando con envidia; considera que muchos hombres la estan contemplando con amor. Estas mugeres no la envidian porque se parezca á una pintura, la envidian porque es realmente hermosa y ven en ella una rival; estos hombres no la codician porque sea modelo ó retrato de una Virgen, la codician porque puede llenar el corazón del mas sensible y la cabeza del mas orgulloso ó el mas vano. Si esas mugeres y esos hombres pudieran leer tu pensamiento, como yo lo leo en este instante, se reirian de tí á carcajadas y te llamarían presuntuoso, hallándote descontentadizo; yo no cometeré la injusticia de llamar presunción á lo que es realmente enfermedad, pero sí debo asegurarte que estás muy enfermo y que necesitas medicina. ¿Qué confusion reina en tus ideas!... Ese temor y ese deseo, que se neutralizan y combaten, no han tomado aun formas distintas, pero de su misma vaguedad resulta mayor confusion. Pronto tomará cada uno su posicion determinada y se principiará el combate.

Con un movimiento tan rápido como el de un centinela avanzado que oye á su espalda los tambores del enemigo, te has vuelto hácia la escena al oír los primeros acordes de la orquesta, y para no incomodar sin duda, te has dejado caer en tu butaca al mismo tiempo que se retiraba de tu mente la imagen de María, para dejar su puesto á la de la majestuosa y aplaudida cantante. Si la joven hubiera tenido fijos en tí los ojos, en vez de tenerlos clavados en las frescas rosas de su ramo, se hubiera ofendido sin duda de tan brusco é inesperado movimiento. Se hubiera ofendido, y á la verdad que hubiera hecho mal de ofenderse; porque ella se habia quedado reducida á las proporciones de una simple mortal, en tanto que la cantante, cambiando su plaid de montañesa por el rico traje de boda de una lady, continuaba siendo la heroína de una novela de Walter Scott y de una ópera de Donizetti. Por esta sola razon tú sigues todos sus movimientos hasta llegar á aquel fatal sí, que mata las últimas esperanzas de Edgardo y arranca el acero de su diestra. ¿Pero por qué aprietas los labios? ¿por qué frunces de nuevo las cejas y toma toda tu fisonomía una marcada espresion de disgusto? ¿No te parece la música propia de la situacion, ó la han interpretado mal? Nada de esto; estás dando tan marcada señal de disgusto, porque de una situacion magnífica han hecho una escena verdaderamente detestable. Edgardo no puede dejar de conocer toda la violencia que están haciendo á la desventurada Lucía, no puede menos de conocer que aquel sí funesto es un ¡ay! arrancado de lo mas íntimo del alma; y sabiendo todo esto, no puede dejarla consumir el sacrificio sin mostrarse un amante débil, apocado, incapaz de sentir una gran pasión, y por lo tanto, mil veces indigno de inspirarla. Conozco que desde este momento acaba para tí todo el interés de la fábula, pues aunque

la debilidad de la muger no te parezca repugnante como la debilidad del hombre, la sombra del amante cae sobre el cuerpo de la amada y debilita la brillantez de sus colores.

Creo, como tú, que el amor del hombre debe ser fuerte, varonil, y comprendo bien que un amante celoso y desesperado clave un puñal en el pecho de un enemigo cuando una muger vierte una lágrima encerrada con su dolor. Esta grandeza de sentimientos te absuelve á mis ojos de esa especie de veleidad que te hace pasar fácilmente de un objeto á otro, siempre que tu imaginacion ha dado grandes proporciones al segundo, y volver al primero luego que se rompe el encanto. En el momento en que la debilidad de Edgardo ha disminuido el interés del drama, en el momento en que la dualidad que habias colocado en Lucía se ha deshecho ó debilitado, has apartado con desden los ojos de la escena, para fijarlos, con curiosidad á lo menos, en María. Ahora has tenido la fortuna de que su mirada se cruce con la tuya, y de que haya reparado en tí. Esa sonrisa maliciosa que juguetea en sus frescos labios, sino viene dirigida á tí, tú eres su causa por lo menos. María te conoce muy á fondo, mucho mas que tú te conoces, casi tanto como yo te conozco, y se sonrie de lástima al comprender el estado de tu cerebro. Ella sabe que llama tu atencion, porque la encuentras muy parecida á una Concepcion de Murillo; ella sabe que te causa tanto entusiasmo la actriz que acaba de cantar, porque la confundes con las personas que representan, y en vez de ofenderse, se rie de ese capricho tuyo, calificándolo muchas veces de entretenido y algunas otras de ridiculo. Una muger que te conoce moralmente, y á quien tú conoces apenas de vista, tiene sobre tí, como lo comprenderás fácilmente, ventajas muy considerables. Si por una casualidad llegaras tú á pensar un día y otro día en una muger que te conoce tan á fondo, ¿no estarias en grave peligro de hacer un papel bastante difícil? En otra ocasion podria ser que yo me pusiera de tu lado, para igualar todo lo posible las condiciones del combate; pero como has contestado á mis consejos buenos, desinteresados y sencillos, con esas teorías tan complicadas, que pierden la imaginacion en su intrincado laberinto, he resuelto dejarte solo y presenciar desde los estrados el torneo.

Empiezas á estar impaciente porque deseas saber quién es esa joven aparecida, y sin embargo no te atreves á preguntar á tus numerosos amigos. Este es un mal síntoma. Se habla sin la menor dificultad de la muger que no interesa, pero no se atreve uno á preguntar por la que preocupa vivamente, ya por respeto hácia su persona, ya por temor de llamar hácia ella la atencion del interpelado. Deseo de acercarte á María, no te atreves á dejar tu asiento, porque observas que de vez en cuando se encuentra su tranquila mirada con la tuya, y temes que deje de mirarte cuando cambies de posicion. Tú que eres tan inclinado á penetrar hasta el fondo del pensamiento, ¿qué lees en las pupilas de María? Veo que no lees nada á pesar de que no se distingue sobre su rostro la fria máscara del disimulo. Muy bien puede consistir esto en que tú solamente sabes leer en los libros que has ojeado, ó mejor dicho, que te has acostumbrado á interpretar, á traducir, y nunca lees correctamente. ¿Pero por qué continúas aun casi de espaldas á la escena á pesar de que llaman hácia ella tu atencion los dulces acentos de tu cantante favorita? ¿Debes sacrificar ahora Lucía á la *Virgen de Murillo*, como un momento antes sacrificaste la *Virgen de Murillo*, á Lucía? Poco satisfechas deben estar la actriz y la joven de esta doble infidelidad, y no deben dar ningun valor á un incienso quemado á un tiempo ante dos aras. Pero yo no debo extrañar que ahora te olvidases de la artista; se rompió la corriente magnética cuando dejaron de interesarte los protagonistas del poema, y entre la artista reducida á muger conocida, y la joven que conserva aun el atractivo del misterio, no puede vacilar un hombre tan fantástico como tú. ¿Cuánto tiempo durará ese encanto? ¿Quién sabe! En este momento se ha concluido la representacion, en este momento vas á dejar de ver á María, y es muy posible que no vuelvas á verla mas. Esta idea te mortifica un tanto, pero, caso que así suceda, encontrarás pronto un consuelo. Todas las mañanas puedes ir al Real Museo de pinturas y pasarte algunas horas ante la *Virgen de Murillo*; tu imaginacion la dará vida, y quizás consigas algun día ver sobre sus labios la misma sonrisa que has visto sobre los labios de María.

UN ANGEL.

## LOS VIAJEROS MODERNOS.

(Continuación.)

Mr. Surr describe los diversos lugares en que los ingleses se han establecido en virtud del tratado de Nankin. Los describe, no con el entusiasmo que ordinariamente va unido á una nueva conquista, sino con un pensamiento severo, y censurando á veces en términos bastante duros los errores ó la negligencia de la administracion británica.

El primer punto de que se ocupa el autor es Hong-Kong, una de las pequeñas islas del archipiélago de los Ladrones, situada á 42 millas de Macao (14 leguas), y á 109 de Canton. En 1841 no se veia allí mas que una aldea habitada por miserables pescadores. El gobierno ha fundado en esta isla una colonia, y ha constituido casernas, almacenes, con una precipitacion, que Mr. Surr lo censura severamente. El suelo de Hong-Kong es de una aridez tal, que los pacientes chinos no logran recoger una endeble cosecha sino llevando tierra á estas rocas y cultivándola con un cuidado asiduo. Además la isla entera es estremadamente mal sana. No hay un extranjero que habite por algun tiempo esta isla, que no sea atacado por fiebres muy peligrosas. Los animales huyen de ella por instinto, y jamas se oye resonar el canto de un pájaro. En esta tierra insalubre, el gobierno ha escogido el lugar mas insalubre para edificar la capital de la colonia, á cuya ciudad ha dado el nombre de Victoria. Como se ve, los ingleses, con su habilidad práctica, se engañan tambien algunas veces con su deseo ardiente de aprovecharse de una nueva situacion. Pero es seguro que sabrán abandonar muy pronto su error, si encuentran el modo de remediarlo.

Al peligro con que su isla de Hong-Kong les amenaza por la aridez del suelo, por el ardor del clima, se agregan tambien otros inconvenientes de una naturaleza menos grave, pero bastante incómodos en la vida cotidiana, y bastante tenaces

para que los colonos no puedan tampoco libertarse de ellos. Esta isla está situada en el centro de los parajes frecuentados por los piratas, estos azotes de los mares de la China, y los indígenas que han permanecido entre los ingleses, son en general vecinos poco seguros, y muy poco cómodos, amigos de los piratas encubridores y ladrones. El ladrón chino es enteramente astuto, y puede dar lecciones a los pillos más refinados de Europa. Para la práctica de su oficio no necesita del grosero aparato de pinzas, ganchos y tenazas. Echa en una alcoba bolitas de opio, cuyas emanaciones producen un sueño profundo en aquellos á quienes quieren despojar; hace un agujero en el techo, entra en la casa y recoge tranquilamente su botín, y se retira sin ruido, pero sin descuidarse por lo demás en sus empresas; y á riesgo de ser en un instante juzgado y ahorcado, no pierde ninguna ocasión que se le presenta. Durante la última guerra de los ingleses, se ha visto á estos atrevidos industriales ejercer tranquilamente su profesión en las filas de sus conciudadanos, mientras los cañones británicos los ametrallaban.

A pesar de la desengañada perspectiva de Hong-Kong, era tal la esperanza comercial de los ingleses al tomar posesión de esta isla, que corrieron á ella con ardor, y se han puesto á construir casas sobre aquellas áridas rocas, sobre aquella tierra epidémica, como bajo los ramos de flores de las Antillas. Y por el alquiler de estas casas se paga, como en San Francisco, 4,000 ó 6,000 rs. al mes, y es necesario hacer venir de Macao todas las subsistencias á precios enormes. Pero el comercio, auxiliado por el contrabando, basta para sufragar todos estos gastos.

Es muy agradable trasladarse del triste archipiélago de los Ladrones á la ciudad de Macao, ocupada desde el siglo XVI por los portugueses, y frecuentada incesantemente por buques europeos. Al borde de las ondas azuladas y centelleantes se elevan sus hermosas casas con sus espacuosas ventanas, veladas con elegantes cortinas; el sonido de sus campanas vibra en los aires, y á cada paso se encuentra en aquella antigua ciudad china al sacerdote cristiano; se oye resonar el canto de la liturgia romana, y se ve recorrer por las calles una procesion. Hay muchas iglesias católicas, construidas con arte y ricamente adornadas. La mas grandiosa era la de los jesuitas, que hace algunos años quemaron los chinos, probablemente sectarios de Confucio ó de Fo, que no podrian resignarse á ver el esplendor de este edificio consagrado á otro culto. Los magistrados chinos fingieron que buscaban á los culpables. Tambien se ven en la ciudad muchos conventos, escuelas y hospicios. Tanto bajo la dominacion del despotismo asiático, como en medio de las tribus salvajes del Nuevo-Mundo, en todas partes en que el Cristianismo penetra, esparce la luz del corazon y de la caridad.

Viven en Macao, segun Mr. Surr, unos 7,000 portugueses y 14,000 chinos. Antes del tratado de Nankin, era en este puerto donde los comerciantes europeos dejaban sus familias, pues en Canton no podia residir ninguna muger europea. En 1846 hizo el gobierno á Macao puerto libre, y esta nueva disposicion atrae á aquella ciudad gran número de buques.

Canton, la gran ciudad comercial, por la que la China se comunica principalmente con los demás países del mundo, presenta el aspecto mas pintoresco que puede imaginarse. Sobre las alturas se elevan los fuertes chinos, rodeados de higueras de India, las que se consideran por los soldados del celeste imperio como un preservativo contra las balas. Como protegidas por estas construcciones militares se ven diseminadas por aquellos campos pagodas y otros edificios religiosos. Las colinas están cubiertas de jardines dispuestos en forma de anfiteatro, y llenas de casas fantásticas y construcciones hidráulicas.

Al pié de estas colinas pasa majestuosamente el rio, sobre cuya superficie se extienden dos largas líneas de barcos empleados en el comercio de aves, y principalmente de ánades. Estos barcos se hallan situados cerca de la gran ciudad, á la que alimentan con los productos de su industria, y forman como una especie de arrabal con una poblacion numerosa que en toda su vida no tiene otra habitacion. Allí el traficante de ánades celebra su matrimonio, allí establece sus dioses lares, allí llega á ser padre, y ve crecer á sus hijos. La casa flotante que le sirve á la vez de jaula para sus aves y de hogar para su familia, tiene de 30 á 40 piés de largo. Está cubierta de una especie de techo formado de cañas de bambú y paja de maíz. El timon se confía á la muger, que emplea sus dos brazos para manejarlo, muchas veces teniendo que cumplir algun deber maternal al mismo tiempo, llevando sobre su espalda un niño suspendido por medio de unas fajas de algodón, mientras que sus demás hijos juegan alrededor de ella. Por una prudente medida de precaucion, cada uno lleva un cinturón, á que van unidas unas calabazas. Pero si alguno llega á caer al agua, no habrá un chino que se tome el trabajo de sacarlo, porque como los antiguos sietlandeses que Walter Scott pinta en su admirable novela del Pirata, los chinos están convencidos de que todo individuo grande ó pequeño causa una desgracia á cualquiera que le impide ahogarse.

En uno de los compartimientos del buque está el santuario del ídolo, adornado de papeles de diferentes colores, en los que se leen máximas morales. Esta divinidad protectora es objeto de un culto diario. Constantemente se quema delante de ella incienso ó tiras de papel pintado que figuran los antiguos sacrificios. Los chinos en general son muy piosos. Cada una de las tres grandes sectas entre que se dividen los millones de habitantes de este inmenso imperio, les impone varias ceremonias religiosas, ofrendas y oraciones. Hay una que promete la salud eterna al que pronuncia 400,000 veces una de las invocaciones de los libros sagrados.

En otra parte de su habitacion tiene el barquero una especie de estanque donde engorda peces para su uso. En los costados de su embarcacion está suspendido una especie de cajon de bambú, el cual se llena de tierra vegetal para cultivar las plantas culinarias. Provisto así de todo lo que exige la satisfaccion de las necesidades cotidianas, libre poseedor de su casa flotante, pasa tranquilamente la vida. Por la mañana abre la jaula de la pajarera, echa á las orillas del rio sus ánades, que acarrea otra vez al barco cuando quiere, por medio de un largo látigo, cuyo chasquido conocen éstos animales. Por la noche echa las cortinas suspendidas en el techo del barco, suspende en los palos una estera de junco, y forma de este modo un cuarto cerrado donde duerme con su familia.

Otra multitud de barcos cubren la superficie del mismo rio: buques cargados de té ó de olorosas frutas; buques de mandarines con treinta ó mas remeros; buques amarrados á la orilla, elegantemente adornados, ostentando sobre sus puentes hermosos jardines que sirven de quintas á familias opulentas; buques fantásticos, empavesados con faroles de seda, en que se leen inscripciones galantes. Se les llama barcos de flores, y en medio del vistoso follaje se ven aparecer sirenas menos ágiles, pero no menos temibles que las sirenas antiguas, pobres infelices, mutiladas por la costumbre bárbara del país, que no reconocen como muger distinguida sino á aquella que tiene estrujados los piés; pobres víctimas de un sordido cálculo, encerradas desde la infancia, desde la edad de diez años, en esas mansiones acuáticas, para tentar en ellas á los viajeros.

A medida que se aproxima uno á la ciudad, se descubre una masa tan espesa, tan compacta de embarcaciones, que parece imposible poder penetrar por ella buques de guerra y chalupas de comercio, elegantes piraguas y barcas de pescadores, todo mezclado confusamente, y de este inmenso conjunto de barcos y hombres se forma un ruido de que nada puede dar idea. Gritos de cólera y gritos de triunfo, gritos para llamar á los comerciantes, voces de los marineros, músicas de instrumentos de viento, espresion de todas las pasiones, mezcla espantosa de toda especie de órganos y de acentos.

(Se continuará.)

## CONSPIRACION LLAMADA DEL TESORO, CONTRA JACOBO, REY DE ESCOCIA.

1600.

La historia no ofrece tal vez dos ejemplos de un atentado parecido á aquel de que debió ser víctima Jacobo VI rey de Escocia. En este acontecimiento singular, rápido, sobrecargado de incidentes y peripecias como un drama de Shakespeare, no se sabe lo que debe asombrar más, si la ciega credulidad de un monarca que corre por la palabra de un cortesano á conquistar un tesoro imaginado, ó el absurdo fanatismo de dos hermanos que, por el triunfo de no se sabe qué secta religiosa, hollaron las leyes del deber, de la gratitud y de la hospitalidad, y cambiaron sin vergüenza sus títulos de caballeros y señores por los de asesinos y regicidas.

El 5 de agosto de 1600, entre seis y siete de la mañana, estaba el rey Jacobo á punto de montar á caballo para ir á cazar á su parque de Falkland, cuando se acercó al rey Alejandro Ruthwen, hermano segundo de Juan, conde de Gowries, le saludó con profundo respeto y con los ojos bajos le dijo reservadamente lo siguiente:

—Señor, habiendo llegado ayer noche de vuelta de paseo á un sitio retirado fuera de los muros de Saint Johnston, vi á un hombre que se tapaba la cara. Le pregunté qué hacia allí, y viendo que le sorprendia y que dudaba en sus respuestas, mi curiosidad se convirtió en sospecha. Entonces noté que tenia un gran bulto debajo del brazo, y traté de saber lo que era, y con gran sorpresa vi que era una vasija llena de monedas de oro. En virtud de esto le he llevado á la ciudad y le he puesto en lugar seguro. He salido esta mañana á las cuatro para informar á V. M. segun mi deber, á fin de que pueda disponer lo que crea conveniente antes que nadie lo sepa, porque mi hermano el conde ignora ese hecho.

—Os doy gracias, Ruthwen, por vuestra buena voluntad y vuestro celo, contestó Jacobo; pero no puedo intervenir en este negocio. Ya sabes que segun la legislación vigente en este reino, los tesoros y los bienes de un súbdito no pertenecen al soberano mas que en el caso que se oculten en la tierra.

—Es cierto, señor, dijo Ruthwen; pero este hombre ha confesado que iba á ocultar este dinero, y además no he tenido tiempo para entrar en mas explicaciones con él.

—Muy bien; pero convendrás conmigo, Ruthwen, en que hay mucha diferencia entre la intencion y el hecho. El poseedor del tesoro podria mudar de parecer al minuto de haber hecho esa confesion.

—V. M. es muy escrupuloso, exclamó el cortesano, reprimiendo un movimiento de impaciencia. Algunos otros y mi hermano Gowries no tendrian tantos reparos. Empezarian por apoderarse del tesoro, y se encontrarían tal vez en estado de molestar á V. M. y al estado.

Esta observacion insidiosa de Ruthwen, pronunciada en tono profético, hizo reflexionar al rey. Jacobo sospechó entonces que tal vez se habia enviado este dinero para excitar nuevas turbaciones en Escocia. Preguntó entonces á Ruthwen en qué clase de monedas estaba el tesoro, y qué traza tenia el que le llevaba.

—A fé mia, respondió Alejandro, sonriendo involuntariamente de ver caer á Jacobo en el lazo tan fácilmente; apenas he podido distinguir las monedas; pero me parecen extranjeras, y apostaria cien guineas á que son españolas y francesas. El hombre parece escocés; su traje, sus maneras, su lenguaje, todo me induce á creerlo así; sin embargo, debo confesar que no me acuerdo haberle visto en ninguna parte.

Esta respuesta confirmó las sospechas de Jacobo. Resolvió enviar á uno de sus oficiales con Ruthwen, y encargarle de una orden para el preboste y justicia de Saint-Johnston, para que recogieran el tesoro, interrogaran al hombre, y guardaran uno y otro hasta nueva orden.

Esta determinacion de Jacobo trastornaba todo el plan de Ruthwen. Se opuso á ella con calor, y declaró que si su hermano ó la justicia de Saint Johnston llegaban á tener parte en este negocio, S. M. no veria ni un chelín. Ruthwen añadió inclinándose respetuosamente ante el monarca:

—Mi profunda adhesion á V. M. me hace preferir sus intereses á los de mi hermano y á los míos, por esta razon no pido otra gracia á V. M...

Ruthwen dudó, se sonrojó extraordinariamente, y Jacobo le dijo:

—Habla, habla, qué gracia pides?

—Que V. M. se tome la molestia de ir hasta Saint Johnston y ver el tesoro, y luego me recompensareis como os parezca.

El rey, fascinado por las palabras y continente de su favorito, y tal vez algo inclinado á la avaricia, pero mas bien admirado por el misterio en que estaba envuelta esta aventura, contestó á Ruthwen:

—Ya lo ves, Alejandro, me esperan; el tiempo está hermoso y la caza será buena; ten paciencia hasta que concluya la caza, y te daré una respuesta decisiva. Ahora necesito marchar.

Los señores de la comitiva estaban con el pié en el estribo para colocarse en las sillas en el momento que Jacobo montase.

El rey se lanzó sobre el corcel, que tenia un paje de las bridas, y Ruthwen, disgustado por tantas dilaciones que le causaban mortales angustias, gritó desde lejos á Jacobo:

—V. M. no encontrará tan buena caza como la que yo le propongo. Además temo que con estas dilaciones grite ó se escape mi prisionero y se descubra el secreto de nuestra empresa. Si V. M. hubiera venido en seguida, hubiéramos evitado muchas dificultades, y sobre todo hubiéramos podido aprovechar el momento en que mi hermano y los habitantes de la poblacion estaban en el sermón.

Por toda respuesta picó Jacobo y partió á escape alcanzando las trailas de sus perros, que sujetas por doce montes gruñian impacientados.

Ruthwen quedó solo con dos criados y tuvo un momento de indecision. Pero reflexionando en la versatilidad de Jacobo y en la especie de imperio que ejercia en el ánimo del caprichoso monarca, tomó por fin su partido. Despachó uno de sus criados con un recado para el conde de Gowries, advirtiéndoles que esperaba llevar al rey á su casa, pero que no podria ser antes de tres horas, y que en todo evento tuviesen la comida preparada.

Mandó al otro criado que le siguiera y que cuidara de tener pronto el arcabuz.

Como habia previsto Ruthwen el fantástico monarca, apenas habia andado tres millas por el parque cuando le vino á la memoria la confianza de su favorito, se detuvo, y no viendo á su lado, tan rápida habia sido su carrera, mas que á Brick de Douglas, el mas jóven de sus pajes, y á su cirujano Nisber, encargó á este último que fuera á buscar á Ruthwen. Este, que no habia perdido la pista del rey, no tardó en presentarse, y Jacobo, que ignoraba que el favorito hubiese llevado dos criados consigo, le dijo que estaba decidido á marchar á Pesh tan pronto como hubiera concluido la caza. Ruthwen recibió esta noticia con viva alegría, y dijo al rey:

—Señor, estoy á vuestras órdenes... y V. M. no se arrepentirá del paso que va á dar.

Satisfecha la fantasia de Jacobo, volvió á ponerse á la cabeza de los perros, y no teniendo á su espalda mas que á Ruthwen y al caballero Hamilton de Grange, se entregó impetuosamente á un ejercicio que era para él una verdadera pasion.

La caza fué una de las mas largas y animadas que habia habido hacia mucho tiempo. Ruthwen, que se hallaba siempre al lado del rey, les animaba para que concluyera cuanto antes, á fin de llegar pronto á donde deseaba. Por último, habiendo cojido un javalí, se apeó el rey y pidió otro caballo, pero el favorito le persuadió que volviera á montar el mismo aunque estaba cansado. Marchó aun sin tomar su espada y dijo á sus cortesanos que iba á Pesh á tener una entrevista con el conde de Gowries y que volveria por la noche.

La mayor parte de ellos, sospechando que queria arrestar por sí mismo al maestro de Oliphante que habia excitado nuevamente una sedicion en Angers, resolvieron seguir al monarca y pidieron nuevos caballos.

Ruthwen lo notó y dijo al rey con voz trémula:

—Suplico á V. M. que prohiba que le siga la comitiva y sobre todo ruego que escluya de este paseo al conde y al duque de la Marr. No temo confesar á V. M. que los señores que pretenden acompañarle serán mas bien perjudiciales que útiles á su seguridad... y no puedo responder de las consecuencias. Bastan por toda escolta tres ó cuatro criados.

—Ruthwen, respondió Jacobo con cólera, no comprendo tus escrúpulos. Puedo contar con el conde y el duque de Marr en negocios de mayor interés que este. No veo la razon por qué ellos, mejor que otros, han de servir de obstáculo al buen éxito.

Ruthwen bajó la cabeza y murmuró algunas palabras que no pudo entender el rey con el ruido del galope de los caballos.

(Continuará.)

### Veranos célebres.

(Conclusion.)

Año de 1723 y 1724.—Calor extraordinario.  
Año de 1746.—Ni hubo cosecha, ni llovió una sola vez en muchos meses.

Año de 1748.  
Año de 1754.  
Año de 1760.  
Año de 1767.  
Año de 1778.  
Año de 1788.

Calores extraordinarios irresistibles por-  
que fuéron casi consecutivos.

Año de 1811.—Célebre por lo rigoroso del estío, y por el cometa que apareció en el horizonte.

Año de 1830.—Durante la revolucion de julio hizo en París un calor considerable.

Año de 1835.—Secóse el Sena por algunas partes. En España el estío fué tambien muy rigoroso.

Año de 1850.—Coincidió con la reaparicion del cólera en algunos puntos del globo un calor escesivo.

### Consideraciones generales.

La temperatura mas alta que el hombre puede resistir, y eso por poco tiempo, varia, segun las organizaciones, de 40 á 45 grados. A menos grados demuestra la esperiencia que tambien algunos han sucumbido. En esta situacion la muerte proviene de congestiones cerebrales, y tal vez de apoplejía. La abstinencia en beber y en comer es el preparativo mas eficaz de los calores extraordinarios.

ESCENAS DE COSTUMBRES DE PARIS.



Vaya, ya está la señora del entresuelo en su manobra: tres frascos por día de específico para teñir el pelo!...



El té en la porteria.

ESCENAS DE COSTUMBRES DE PARIS.



Razonamiento filosófico inspirado por los vapores del mosto.



Se admiten oficiales.

## ARTE CONTRA ARTE.

Acabo de verla. ¡Qué hermosa está! La Mona-Lisa de Leonardo de Vinci y la Fornarina de Rafael, palidecen á su lado y se ruborizan, como las estrellas de la alborada al apuntar los primeros rayos del sol. Si algun lazo tangible hay entre el Ser Supremo y el hombre, si el hombre es humo siquiera de aquel inmenso foco de omnipotencia y de sabiduría, si alumbrá el caos del mundo intelectual un destello soberano que como las lenguas de fuego de los apóstoles indica á la multitud las cabezas de los elegidos, el arte es ese destello, el arte es esa vida misteriosa que sobrenada en el mar revuelto de las vidas. Pasan los siglos, pasan las generaciones, pasan las criaturas. Para el arte solamente no sonará nunca la hora de la destrucción. Ya es polvo el Egipto; pero aun viven las pirámides; ya es polvo la Grecia casi fabulosa; pero aun Homero vive; pero aun vive la Venus de Cos; ya es polvo la Grecia casi cristiana; pero aun viven Platon y su república; ya es polvo todo aquel mundo de los Césares; pero Ciceron y Horacio y Tito Livio viven aun. El arte es el Ashavero de la inteligencia. Anda, anda, anda, y caen imperios en ruinas, y el mundo añade cantos y cantos al poema de su destrucción, sin que él deje de andar, sin que él vuelva siquiera los ojos ni se repose.

Reflexionemos un tanto en esta maravilla, que es la mayor de cuantas pueden admirar al hombre.

¿No tiene algo de divino el trasportarse de un solo vuelo á siglos remotos, á épocas olvidadas, á pueblos que ya no existen? ¿Leer en los pliegues de una estatua de Praxiteles el amor voluptuoso de las mugeres de la Jonia y de las orillas del Helesponto, en las páginas de Tito Livio y de Tácito las costumbres de un pueblo que cansado de destruir enemigos se destruye á sí propio, el espectáculo sangriento de unas costumbres que destronaban emperadores, de una civilización bárbara que hacia pasar la carroza de una hija sobre el cadáver aun caliente de su padre, y que inspiraba á Neron el deseo de abrasar á Roma para gozar de un rato de divertimento? Y mas tarde, cuando cayeron á la voz del Cristianismo las Babilonias de la barbarie, ¿no es maravilloso poder estudiar en las estrofas del Dante la rara transición de la noche al día, del error á la inteligencia; acompañar á los guerreros del Tasso en su expedición sacrosanta, respirando, por decirlo así, el mismo aire de fanatismo religioso y noble que respiraban ellos; y ante una Virgen de Rafael ó un fresco de Miguel Angel abarcar en un solo cuadro todo el siglo de Leon X, que no cabe en la imaginación; y con la ayuda del retrato de Felipe II, pintado por Pantoja, trasportarse á la época en que los reyes de España eran inquisidores, y ver en la severa estructura del Escorial un siglo hipócrita, que hace de la religion una política; y con el hilo, en fin, de las obras de Lope y de Calderon, de Quevedo y de D. Diego Velazquez, penetrar como con el de Ariadna en el laberinto de la corte de Felipe IV, laberinto de bien y de mal, lienzo gigantesco en que se agrupan y confunden batallas y devaneos amorosos, comedias y asesinatos, artes, y ciencias, y política, y esplendor, y bajeza, y heroicidad y cobardía? ¡Oh! esta es la maravilla de las maravillas. El hombre de arte es un encantador que al golpe de su vara evoca y reanima y rehabilita, lo mismo las generaciones que las ideas, lo mismo el mundo de la carne que el mundo del pensamiento. Todas las clases de grandeza y de inmortalidad que conocemos, se refunden en la grandeza del arte. Jesucristo es el soplo sublime que inspiró la Biblia, el libro de los libros; Constantino es el glorioso artífice que de las ruinas olvidadas á la orilla del Tiber edificó á la orilla del Bósforo la primera pirámide religiosa, y Napoleon, para no ser difusos, es el agricultor artista que fue sembrando por todo el orbe con la punta de su espada el instinto de lo bello, el amor á la gloria y á la libertad.

El que vive en la esfera del arte está sobre las miserias del mundo material, y su imaginación es solamente un magnífico prisma en que todo se refleja, menos este mundo. Por eso yo, que acabo de ver su retrato, á puro delirar llegué á olvidarme de mi propósito. ¡Es tan fácil perder la razón cuando uno es amante y es artista!

¡Qué retrato, Dios mio!

Al penetrar la luz en la habitación, al reconocer que era ella, no pude reprimir un grito, porque creí que estaba á mi lado, que aquellas miradas, fijas en mí, eran para mí; que aquella sonrisa angelical que siempre plega sus labios, era la sonrisa que con su alma vuela á la mía cuando nos volvemos á ver tras largas horas. ¿Por qué habia de ser ridículo que yo besara aquellos labios, aunque la tirantez del lienzo rechazara á los míos? ¡Ay! ¡el ridículo! el ridículo es el rival de todo lo grande, de todo lo sublime. ¡Qué organización tan incompleta la de la criatura! Cuando mas vuela mas se arrastra.

¡Bien, artista, bien! Como te diría un francés, te has escudado á tí mismo; pero, ¿podías hacer otra cosa? Cuando el original es ella, ¿qué menos inspiración pudo brotar de tu pincel? Ante tu obra yo me siento tambien inspirado; pero no como los demás artistas de tu mezquino temple, no con esa inspiración liviana que se estingue con el último perfil, con el último verso, ó con la última armonía. Mi inspiración es muy diferente, puesto que nunca se estinguirá aunque la desahogue bajo el millon de formas del arte. Un poema escribiría y aun me sobrara inspiración; una ópera, y aun me sobrara; mil retratos... pero no: el retrato es la frase menos sonora del arte. Si todo este mundo de ideas que como un Atlante sostiene mi alma, alcanzasen solo á copiar servilmente su hermosura... ¡oh! yo pisotearía mis pinceles y mi paleta, mi lira y mi piano; yo renegaría de esta inteligencia que ahora con su esplendor me enloquece de orgullo, y avergonzado de mí mismo huiría de ella para castigarme. No, artista, no. Para mí Laura y para mí Fornarina tengo como el Petrarca y como Rafael una inspiración eterna. ¿Qué menos me contentará á mí? ¿qué menos ella merece?

Los corazones como el mio viven en una atmósfera tal de adoración y de sentimientos dulces, que no tienen otro Dios, ni otra ambición, ni otro deseo que la muger amada. ¿Ves que todo en el mundo camina á un fin inesplicable, que todo se mueve y que todo obra á impulsos de una voluntad y de una fuerza inesplicable? Pues así camino á ella todo yo, espíritu y carne, inteligencia y corazón, ora arrastrado por su

influjo maravilloso, ora de mi propia voluntad, que como artista ve en ella lo bello de lo bello, como filósofo la perfección de la criatura, como hombre la utopia realizada de la muger amante. ¡Cuanta diferencia no habrá entre nuestros dos retratos! Tú la pintas con la mano, con esa mano que así bosqueja el colorete de una meretriz como el casto cendal que cubre el seno de una virgen; con esa mano que está ya tan lejos del arte, como lejos está tu fantasía de la inspiración sublime; en cambio yo lo pintaré con el alma y con el sentimiento; yo en cambio para los colores de sus mejillas sacaré la sangre de mis venas, para el brillo de sus ojos, extraño Prometeo, robaré á mí mismo el brillo de mi inteligencia, para el no sé qué invisible y grande de todo su ser, arrancaré á la naturaleza el secreto de su misterioso no sé qué, tambien invisible y grande. Tu harás un retrato, artista; yo haré otra ella; tú serás un hombre, yo seré casi un dios. Ante tu obra diran algunos: «se parece.» ante la mia dirán todos: «es.»

Y no me sonrías como por burla, ni en son desdenoso hables de delirios poéticos. ¡Delirios poéticos! ¿y sabes tú lo que es delirar? ¿sabes tú qué es levantarse osados como la reina de las aves adonde se derriten las alas de los Ícaros insolentes? ¡Delirios poéticos! Así las almas mezquinas llaman á todo lo que está fuera del lodazal en que viven. ¡Y tú eres artista! Tú has sido capaz de retratarla, y no comprendes que el arte es un delirio del hombre, y que ella, esa muger celestial, es un delirio de Dios! Ponla al nivel de las demás criaturas, y te se escapará de entre las manos como se escapan los delirios.

Siempre tuve por seguro el triunfo; pero ahora doblemente.

¡Luchar contigo!

En esta lid de arte contra arte, yo entro armado de punta en blanco, tú con la fútil coraza de tu osadía sin límite; yo vengo en nombre de mi corazón y de mis ilusiones todas, tú en nombre de una gloria efímera ganada con un pincel que por casualidad retrata, como el músico aquel de nuestro fabulista. Para ganar la victoria, has de arrancarme dos almas, la suya que vive con la mía; yo no sé si podré arrancarte un alma siquiera, porque no sé si la tienes.

Así como se arraiga en mi imaginación esta idea, me va haciendo mirarte mas pequeño. ¡La has retratado y no estás loco! ¡la has retratado y á esta hora tu nombre no anda entre la multitud, repetido con asombro, oído con veneración; eres aun á esta hora menos que Miguel Angel, menos que Ticiano, menos que Murillo! ¡aun no sabes donde está el Capitolio!

(Continuará.)

## EXPOSICION DE LONDRES.

## DEPARTAMENTO DE EGIPTO Y DE TURQUÍA.

La Turquía y el Egipto, cuyas exposiciones se hallaban inmediatas en el Palacio de Cristal, presentaron armas y trajes militares de todas épocas, hasta de las mas remotas, y marcadas por lo tanto con un sello mas ó menos avanzado de perfección. No podemos decir lo mismo de sus telas ni de sus tapices, cuyo mayor mérito ya se sabe que consiste en los colores y en la originalidad de los dibujos. Tambien se veian en dicho departamento productos variados de aquellos suelos, ya naturales, ó preparados por los adelantos del arte y de la industria. Era de sentir únicamente que no hubiese habido algun método en la clasificación de esta riqueza, que no carecia de intereses.

Diversas clases de madera de Turquía merecian esta disposición inteligente, que han sabido dar á las producciones del mismo género los escoceses, los americanos, los españoles y los portugueses. Por lo demás, la exposición de Egipto y de Turquía puede llamarse esencialmente belicosa, pues el mayor mérito de sus objetos recaia sin la menor duda en sus instrumentos guerreros. Respecto á este punto nada dejaban que desear ambos países.

## LOS PRINCIPIOS DE UN ARTISTA.

Hace algun tiempo que solo se oyen quejas dolorosas, cada vez mas terribles, cada dia mas generales, sobre la dificultad que hallan los jóvenes de abrirse paso á través de esa muchedumbre de personas que obstruye las avenidas de todas las profesiones y carreras. ¿Qué vamos á hacer? ¿En qué nos ocupamos? Tales son las preguntas que se dirigen al salir de los colegios y universidades, admirados de no ver delante de sí ninguna puerta abierta ni marcado su porvenir seguro. El trabajo asiduo y la paciencia han venido á ser condiciones indispensables para obtener buenos resultados. Tan cierto es esto, que si se vuelven los ojos hácia los hombres en pequeño número que se han formado su carrera por efecto de su trabajo, salvas algunas excepciones, porque el favoritismo es de todos tiempos y países, se descubrirá en ellos como carácter distintivo una voluntad firme que marcha hácia su objeto, aunque revestida de formas diversas, con infatigable perseverancia. Esto bastaría á probar la injusticia de las quejas proferidas. No se crea que han tropezado los unos con mas obstáculos que los otros; á los primeros les han faltado fuerzas y paciencia, con cuyo auxilio los segundos han arrosado por todo. Desalentada al primer contratiempo de la suerte la mayoría de los principiantes, en vez de interrogar á su conciencia si deben ó no imputarse á sí mismos el golpe experimentado, encuentran mas fácil quejarse de la injusticia de los hombres y de la sociedad, esperando sin procurar adquirir adelanto alguno á que la suerte sea mas favorable.

El ejemplo de los hombres que llegan al poder ó al colmo de la fortuna, lejos de hacer abrir los ojos á la juventud, contribuye á estraviarla, porque no repara en sus principios y si solo en el fin de su carrera. Ignora la vida de privaciones y de trabajos á que los mas fuéron condenados, y no reflexiona en las demás pruebas porque habrán debido pasar. Su elevación no es para ella sino efecto de la suerte, y en tal

concepto juzga al mundo como un juego de lotería, del que se lamenta por no haber tenido el número premiado.

Si pudieran describirse los principios de los hombres que han merecido alguna fama, que han adquirido renombre mas ó menos ilustre, seria la lección mas provechosa para esa juventud desanimada que renuncia generalmente sin la menor dificultad, ante el mas pequeño escollo, á todo su porvenir y fortuna.

Sirvan de ejemplo las siguientes notas dejadas á su muerte por Mr. Drolling, pintor francés distinguido, en que da á conocer, con sin igual ingenuidad, los primeros años de su vida. Quiso ser pintor y lo fué. Hallábase en París sin dinero, sin amo, sin protector, y su voluntad y perseverancia le dieron cuanto necesitaba.

Drolling Martin, pintor de genio, nació el año 1752 en Ueberbergheim, pueblo distante tres leguas de Colmar. Su padre, que gozaba de una modesta fortuna, queria que fuera hombre de letras; pero su vocación le hizo artista. Vivía en su pueblo un pintor dorador, que pintaba á la vez carruajes y vajilla de porcelana, hacia retratos, y componia varios cuadros para colgarlos en la iglesia, en conmemoración de curas milagrosas atribuidas á la intervención de los santos. El joven Drolling, á la edad de catorce años, entró cierto dia en casa del artesano á tiempo en que estaba pintando en vidrio un S. Martin, obispo. Al observar aquella pintura, dice él mismo, le pareció ver los cielos abiertos. Fué tal su admiración, que no pudo hablar una palabra, habiendo vuelto á la casa paterna dominado por el deseo de imitar lo que le habia producido tan viva emoción. Cediendo su padre á sus incesantes ruegos, hizo un convenio con el pintor para que le tomase como aprendiz por cuatro años. Al cabo de este tiempo de prueba, el discípulo sabia mas que su maestro, y conociendo que no podia ya aprender nada nuevo, consiguió ir á Strasburgo, donde tenia un tío. Al instante empezó á trabajar con entusiasmo indecible; y para no ser gravoso á su familia, copiaba cuadritos que vendía á doce reales á los espejeros. Después que permaneció allí algun tiempo, donde no halló todos los medios de instrucción que necesitaba, decidió marchar á París en compañía de otros jóvenes, sin decir nada á su padre, y solo con unos cuarenta reales en su faltriquera para todas sus necesidades. Esto era á la edad de veinte años.

Hizo el viaje á pie sin el menor contratiempo, solo que en la última posada, no pudiendo pagar nuestro viajero, abandonado de sus camaradas, unos tres reales que se le pedían por la cena y la cama, á causa de faltarle cinco cuartos, tuvo que dejar su pañuelo en prendas, que valía algo mas. Entró pues en París sin un cuarto, hablando apenas el francés, y por todo recurso una carta de recomendación que le habia dado su tío para el ayuda de cámara del príncipe de Conti. Su futuro protector no estaba á la sazón en París, porque habia ido de viaje su amo; su muger, que recibió la carta, única esperanza de Drolling, poco solícita de vender protección por temor á los gastos, se contentó solo con darle de comer, insinuándole que podía buscar fortuna en otra parte. El pobre joven empezó á recorrer las calles de París en busca de la de Saint-Jacques, donde esperaba hallar trabajo, que entonces, como hoy, era el centro de fabricación de imágenes para toda Francia. En la primera tienda á que se dirigió, le dijo el dueño que le ocuparía al momento, siempre que llevase una muestra de lo que sabia hacer. Esto era bueno para lo sucesivo; pero semejante esperanza no daba al infeliz ni cena ni cama para aquella noche. Continuó andando sin saber por dónde, hasta que á la luz natural sucedió la artificial. En una calle desierta halló un carreton ó caja con ruedas dejado allí por su conductor. Admirado de ver aquella cama, entró en ella y se quedó dormido; pero al instante fué despertado por el movimiento de su habitación; era el propietario, que después de visitar probablemente alguna taberna, habia ido en busca de su carruaje. No tardó mucho en advertir que pesaba mas de lo regular; abrió la portezuela, y dijo á su inquilino improvisado que fuera á dormir á otra parte. Después de haber andado errante el joven pintor por espacio de un buen rato, cansado, débil y deplorando su locura de entrar en París sin un cuarto y sin protección, halló un portal abierto, y se instaló en el hueco de la escalera, terminando su primera noche en aquella cama tan poco blanda, pero cuya posesión nadie le habia disputado. Así que amaneció volvió á ponerse en marcha, con gran desfallecimiento de estómago por efecto del ningun alimento que habia tomado. La casualidad le proporcionó el encuentro, á cosa de las diez, de uno de sus compañeros de viaje, el mismo en cuya maleta, remitida con un ordinario, estaban empaquetados tambien los efectos de Drolling, pero que aun no habia llegado. Aprovechando su amigo el apuro en que se hallaba, le compró por cinco reales un par de puños de hilo de que se habia mostrado muy deseoso en el camino. Entró inmediatamente en un figon á refrigerar su debilitado estómago, se proporcionó un asilo en casa de un herbolario, donde se alojaban por la noche algunos obreros, y escribió á su padre haciéndole conocer su posición para que le enviase algun socorro. Por entonces hubo de verificarse la ejecución de un criminal, y le ocurrió la idea de ir á verla, pues esperaba le seria fácil, en medio de la muchedumbre, encontrar á algun paisano suyo. Se dirigió á la plaza de Greve, donde, con mas atención á los espectadores que al reo, divisó á un joven de su pueblo, que se alegró mucho de verlo. Era un oficial de sastre, que le llevó á casa de su maestro, establecido en París hacia mucho tiempo, tambien paisano suyo. Drolling fué bien recibido por ellos, y sabiendo la muger que era pintor, le encargó hacer su retrato, adelantándole lo necesario para todos los ingredientes que necesitase. Ya no estaba aislado, perdido en aquella población inmensa sin conocer á sus habitantes ni los recursos de que podía valerse; ya tenia esperanza de trabajar, y desde entonces creyó que se habia salvado.

Un artesano del puente de Nuestra Señora le puso á hacer cuadros y copias que le pagaba á cinco reales cada una. Drolling se hacia dos cada dia. Su padre le habia enviado algun dinero y se agenció retratos, los cuales le pagaban en comestibles. Retrató á toda la familia de un panadero, y le proveyó de pan cerca de un año.

El joven artista ganaba ya lo bastante para atender á sus necesidades mas urgentes; pero veia que no aprendía nada; no conocía á nadie que pudiera darle consejos ó prestarle buenos originales para copiar, y tampoco podia comprarlos.

«Perdí, dice en sus notas, un tiempo precioso: copié en

casa de mi pobre maestro á algunos malos académicos y muchos grabados, pero sin la menor nocion de los verdaderos principios. Resolví entrar en la academia de San Lucas á dibujar con arreglo á buenos modelos: estaba en un sexto piso cerca del puente de Nuestra Señora. Mucho fué lo que me sorprendió, tan atrasado como estaba, el aspecto de toda aquella gente sentada en los bancos y el gran aparato que tenían para dibujar. Hice yo un ensayo, y cuando lo vió el profesor me dijo que no estaba en disposicion de dibujar al natural, sino de copiar con mucho cuidado. Fué objeto de las burlas y risas de la clase, pero yo por eso no me di por vencido. Continué asistiendo á la escuela, pero sin atreverme á presentar mis trabajos al profesor. Procuré adquirir los útiles que mas falta me hacian, y al fin logré hacer algunos adelantos. A los dos años obtuve una medalla de premio, que me fué entregada el mismo dia en que Mail. Lebrun, entonces Mlle. Vige, fué admitida en la academia de San Lucas.

Mientras estuve en San Lucas, me acomodé con un compañero de escuela en casa de un panadero, donde viviamos juntos para pagar sólo un alquiler. La chimenea de la casa pasaba por nuestro cuarto, y le calentaba de manera que no necesitábamos absolutamente de fuego. Cuando volvíamos de la academia, cenábamos dos cuartos de queso y nos poníamos ambos en la chimenea. Cada cual descansaba un poco mientras el otro dibujaba. Yo estaba en aquella época muy apurado: solo tenia una levita muy sucia y raída que me daba vergüenza llevar. No tenia dinero para mandar componerla: concebí el proyecto de volver yo mismo el paño y trasformarla completamente, sin que me acobardaran las chanzas picantes de mi compañero. Después de haberla descosido y limpiado perfectamente, volví el paño y senté las costuras con una plancha que pedí prestada. Ocho dias invertí en la operacion, y si bien dejé á mi compañera inseparable con algunas arrugas y pliegues, no estaba entonces para reparar en melindres. Por entonces me encargaron los capuchinos de San Honorio, á cuya iglesia iba á ayudar á misa, el hacer un San Francisco abrazado á una cruz, y restaurar la mayor parte de los santos del convento. Me surtían de cuantos ingredientes necesitaba, y me daban de comer; pero ni un cuarto siquiera. Fácilmente se concibe que con semejante método no podia gastar mucho en vestirme. Hice tambien los retratos de algunos novicios que me pagaban con excelentes manjares; pero el dinero andaba siempre por las nubes.

Viéndome ya aburrido de no poder atender á mis necesidades mas insignificantes, pedí un dia á mi confesor 40 reales; pero me los negó diciendo que los capuchinos no tenían dinero. En seguida empecé á trabajar para otras partes bajo un aspecto distinto en punto á intereses.

Hasta aquí llegan sus recuerdos; habian ya pasado los tiempos mas azarosos y difíciles: los progresos de la escuela habian trasformado á Drolling y le habian creado relaciones y protectores de gran provecho. Greuze le dió sus consejos, y muchos de sus retratos recuerdan de tal manera el estilo de aquel maestro, que pudieran pasar por sus mejores obras. Drolling se casó en 1785; y durante la revolucion tuvo que luchar como todos los artistas con las dificultades de la época. A fin de aumentar los medios de subsistencia de su familia, se puso á pintar sobre porcelana, y después hizo grandes trabajos para la fábrica de Sevres. Cuando murió en 1817 era uno de los pintores mas distinguidos de su tiempo. Muchos de sus cuadros forman parte del museo del Louvre.

## EL ESCRIBANO MARTIN PELAEZ,

### SU PARIENTA Y EL MOZO CAINEZ.

#### III.

—Señor Cainez, ¿se siente V. malo, señor Cainez?...  
—No, señora mia; pero momentos hay de abatimiento amargo; hay momentos, por vida de Sanes, en que el juicio no puede con el peso de los recuerdos, y en semejantes casos suelo yo agachar la cabeza hasta que pasa el huracan.  
—Será verdad, pero esos recuerdos que trastornan al interesado que se los busca, pueden matar de rechazo... á otras personas...

—No comprendo, Justita...  
La señora, al levantar Cainez la frente, inclinó su rostro muy creida que llegado era un momento de rubor; y con sus cuarenta menos pico á cuestras púsose á chupar el dedo con apariencia de turbacion pueril.

El mozo, viendo esta perplejidad, volvió á decir: No comprendo, Justita: como soy que no comprendo. Y asiendo la pluma negligentemente, púsose con ella á escarbarse las uñas.

—Repito que no comprendo, hermosa Justita.  
—Ah!... V. es un traidor!...

Esto lo exclamó la señora Justa en un exabrupto apasionado, y comenzó á hipar, cubriéndose los ojos.

—Oh! qué pena, señora! yo traidor! repuso el mozo levantándose del sillón; y luego, cogiendo de un brazo con suavidad á la señora Justa, sentola junto á sí.

—Traidor, repitió ella muy comprimida; sí, traidor, porque vino V. á mi casa como un amigo, y se ha convertido V. en el enemigo...

—Qué! qué! en qué ha dicho V.?

—En el enemigo, señor Cainez... de...

—Acabemos, señora, de qué?

—En el enemigo... ¡Jesus qué vergüenza!

—Vamos; ya entiendo. En el inocente enemigo de su razon de V., no es cierto?

—Y tanto, señor Cainez! y tanto!

Aquí la matrona perdió su compostura y apoyó una mano, no sé si sobre el corazón ó sobre la pluma negra del mozo. Si fuese sobre el corazón quiso ver si el joven se conmovia; si fué sobre la pluma, sin duda dijo allá para sus adentros: *ya la tengo.*

El mozo entonces, levantando su pecho, abrió paso á un suspiro, y quedaron ambos mirándose con una intensa mirada de espresion infinita.

Hablaron las almas de aquellos dos seres de excepcion por medio de sus intrincados garabatos; y en este juego de azar, el alma de la señora anduvo lerda en comprender al mozo,

pues que muy creida de la ganancia aceptó un envite, como suele decirse, contra treinta y una de mano.

—Ah! dijo la señora, V. habrá sido toda su vida un engañador con tantas tierras como habrá V. visto por ahí, y no me fio, porque las aldeanas ya ve V. que no tenemos motivo para ser otra cosa sino unas inocentes.

—Y cómo y por qué razon se me hace suposicion tan gratuita? Yo he visto en efecto mil bellas portuguesas combustibles como piritas; he conocido las pálidas inglesas, que como copos de nieve caen en los brazos de los hombres; las parisenses como corales llenas de la brillantez del artificio no seducen mas que por instantes; he tratado á las italianas, que son flores sin perfume; he galanteado á las gaditanas, que son ni mas ni menos que aerólitos; pero con todas el hastio reemplazaba la admiracion al breve rato, y era que la perla vivia escondida á mis ojos, encerrada en la modesta concha como la encantadora inocencia dentro del corazón de la aldeana.

—Engañador...  
—Oh! me seduce la sencillez de Eva, á la par que me insultan las pretensiones dogmáticas de la baronesa de Dudevant.

—Engañador...  
—No, Justita, lo prometo, cuando está el corazón en los labios se lee la verdad en nuestras almas, que se asoma á los ojos.

—Algo mas que las promesas dicen los regalos, señor Cainez.

—Y cuáles son esos?

—V. bien me entiende, sino que conmigo se hace el morlaco.

—Morlaco?...

—Sí señor, el desentendido que digamos, hablando en plata: y sino dígalo la plumita que no le abandona á V. nunca, porque fué regalada por alguna mejor que yo soy, y porque sirve en la ausencia para escribir ternezas, que no me parece sino que las estoy oyendo, y... vamos, no quiero hablar, porque es V. un... engañador...

—No lloré V., Justita hermosa, por tan infundada sospecha. Yo conservo esta pluma porque con ella se puede llegar á ser punto menos que rey; pero como no haya trono que equivalga á un amor correspondido, la deposito en esas delicadas manos, que premiarán con una sola caricia el generoso desprendimiento de un rendido que suplica...

—Ay señor Cainez! ya respiro; la pluma me tenia muerta... y dice V. que hace reyes?... ó es que yo estoy loca por V.?

—No, hermosa señora mia, la pregunta no puede ser mas cuerda; la pluma sentada á tiempo, con cabeza firme y ánimo resuelto, pare, díganoslo así, cuanto el entendimiento engendra y el deseo concibe: y ya ve V. que con semejante virtud escondida, desde la voluntad hasta los hechos, no media mas que la accion...

—¡Señor Cainez de mi alma!

—Justita! Justita! por quien he suspirado, pared contigua al lecho de tu reposo, ahogando mis suspiros en su infancia, para que nadie los oyera y como si fuesen hijos de la culpa.

—¡Oh! ¡no se vaya V. nunca!

—Nunca, amor mio, y el ruiseñor que ahora canta y emigrará mañana á luengas tierras, volverá dentro de un año, y aquí á tu lado me encontrará como hoy; y otro año y otro año huirá con sus hijuelos, y volverá con sus nietecillos, y aquí me encontrará como hoy; ó bien en tu palacio refugiado, si la ambicion cambiase tu morada, el ruiseñor modulará sus quejas, prisionero en las doradas rejas de una jaula, y yo cautivo cantaré mi pena, bajo de tus dorados artesones. ¡Amor mio!...

—¿Tanta será mi suerte?

—Ah! que no sea tu ingratitud mi desventura.

A este punto de su tierno coloquio llegaban el mozo y la señora Justa, con tan apasionadas voces, que cualquiera hubiera dicho eran otro Romeo con una nueva Julieta; pero fueles á interrumpir un leve contratiempo, y es que como la brisa de la noche arreciara hasta pecar en molesta, levantó tambien de su reposo las plumas de las tres gallinas muertas, y estas, dando giros y pegando tumbos por el aire, acertaron á colarse por la reja adentro, y muy medrosas y calladas recorrieron la estancia, y volviéronse á salir para ir á dar en el corro de los que á la parte de afuera contaban cuentos, los cuales, al sentirselas por boca, orejas y narices, cuál mas, cuál menos, todos se dieron su palmada, con lo cual quedó disuelta la tertulia, y el mozo cerró los postigos de la reja grande, despidiéndose antes muy tiernamente de la interesante señora Justa, que salió en el acto á recibir á su esposo, disimulada y solícita.

Martin desde la calle se habia encaminado á su dormitorio, armado de una cerilla encendida para tostar los mosquitos; y como de sopeton entrara su parienta, quedóse la mirando de alto á bajo, hasta que vió la pluma, y pegó un brinco que los dejó á oscuras, porque la rapidez del movimiento hubo de matar la luz.

—Muger! qué es lo que he visto? qué traes?

—La pluma, Martin, la pluma.

—Aguarda y guarda con las dos manos, no te muevas, y déjate que encienda un fósforo.

—No se me va, Martin, enciende pronto que el pájaro ya cayó.

—Tu vales mucho, Justa.

—Enciende y calla, Martin, enciende y calla, que ahora veremos cómo te portas.

—Sí, sí, lo haré bien, no lo dudes; pero estos condenados fósforos no arden.

Martin frotaba con desesperacion los fósforos, que arrojaban una luz pálida, vacilante y confusa, para morir al instante.

A esta claridad melancólica se veian los rostros del matrimonio; y la palidez mortuoria contrastada con la gesticulacion hambrienta y desesperada, infundia terror.

Ya por último prendió una candelilla y los dos á la vez desahogaron su afan con un suspiro.

—Es un inocente nuestro naufrago Martin, que te diera lástima y gozo verlo responder al reclamo hasta que entró en la red.

—No digas eso, Justa: nuestro huésped es el hombre mas generoso de la tierra (y luego, acercándose el escribano al

oído de la señora, la dijo en secreto): ¡muger imprudente, sábetete que las paredes tienen oídos!...

—No hay nada tan bueno como nuestro huésped, Martin.

—Ciertamente; y el grande amor con que lo miramos, apenas alcanza con ser inmenso á retribuir mercedes de su munificencia ilimitada.

—Oh! y luego qué galan y qué modesto!

—Si es mucho señor el que tenemos en casa, consorte mia carísima!... pero bajando el tono de la voz tanto ó mas que yo si te es posible, cuéntame de una vez cuánto pueda alargar nuestra esperanza.

—Pues, Martin, esa se nos va á cumplir desde luego con la pluma del proto-calígrafo prometido: aquí la tienes, pero es menester, óyeme bien, primero, saberla *sentar á tiempo*...

—Justa, no dudes que será un águila en las ocasiones.

—Segundo, *tener cabeza firme*.

—La mia es privilegiada, ya lo sabes.

—Tercero, y no la echés en saco roto, Martin, *obrar con ánimo resuelto*.

—Justa, ¿no me conoces? en dando tu Martin el primer paso, será un Macbeth.

—Toma la pluma, aquí la tienes, y si te condenas que te condenes, como dijo el otro; pero ten cuenta que de tu maña depende el arrojar ó no por la ventana la fortuna que se nos ha entrado por las puertas.

Martin pegó otro salto de alegría, y dando dos sacudidas á la ropa, se zambulló en la cama. La señora rezó sus devociones y se acostó tambien. Allá á última hora pudieron reconciliar ambos el sueño; y sus acaloradas fantasías vagaron á sus anchas por los espacios imaginarios.

Martin soñó que habia sido llamado al real palacio y que S. M. le consultaba sobre asuntos graves que él resolvía como si fueran bicocas con admiracion de la corte.

La señora soñó que el coche no andaba; y por arrear las mulas, le arreó á Martin un puñetazo, que le puso el *ay* en los labios cuando se disponia á besar la mano de la reina.

#### IV.

Apenas asomaba la luz del dia siguiente cuando ya estaba Martin ensayando varias de las firmas mas conocidas en el foro, y entre ellas la de su compañero de profesion Gaona y Loeches, que todas le salieron á maravilla.

Andando lunas y corriendo soles, era de ver el uso que de la pluma hacia, y el trastorno judicial con que traia mareados los tribunales.

Ibale en tanto la fortuna en creces, y como el viento de vanidad sopla con ella, la señora muy en particular rechazaba entre desdenes alternar con ciertas gentes, y ambos se sometian á los espíritus débiles de que está el mundo poblado.

Cierta mañana llegó la tia Corneja muy azorada y dijo al escribano, que el mayorazgo Timoteo Rincon se moria sin otro remedio que el de Dios, razon por la que *in articulo mortis* queria testar sus bienes libres: y como estos los tuviera el mayorazgo, así en dineros, como en plantíos y tierras de pan llevar, muchos y muy saneados, noticia fué aquella que alarmó á Martin, poniéndole en movimiento sin perder instante, ni olvidarse de la pluma milagrosa. Entró á poco en la casa solar del mayorazgo, y en ausencia de su escribiente acostumbrado, acompañábale el mozo Cainez bajo el doble carácter de testigo y amanuense.

Entró Martin con su *vade mecum*; y pasado que hubieron un vasto patio, unos corredores y dos salas desmanteladas, se hallaron por último en un cuarto con pocos muebles y muchas vigas; ancho y destartado como el esqueleto de una ballena, donde era Jonás de este cetáceo el doliente Timoteo Rincon, que entre mareos de muerte se preparaba á desembarcar en las playas del otro mundo.

Ardian allí dos velas de cera virgen que se alumbraban á sí propias; y en derredor del lecho del enfermo hallábanse los parientes, los curiosos, el cura párroco, demandaderas y tias supersticiosas.

Se apersonó Martin, y en el acto dispuso se despejara el cuarto de gente (decía él), que si bien ayudan á morir, no sirven ni para ayudar á bien morir siquiera.

Hizo una señal al cura para que permaneciera en su lugar, y los restantes salieron de la estancia cabizbajos.

Esto hecho cogió una luz y se la puso junto á las narices al exánime Rincon, fijó la vista en el rostro abotagado del misero mayorazgo, y torció el gesto volviendo el rostro hácia el mozo Cainez, que respondió con una cabezada: el señor cura alzó entonces los ojos al cielo, y el mozo se mantuvo distraído, mirando indiferente los ladrillos.

El escribano entonces dirigió la voz al enfermo en estos términos:

—Ea, señor D. Timoteo, buen ánimo, que la vida se enlaza con la muerte y la muerte con la eternidad; de modo y de manera, buen hidalgo, que la muerte no es un punto final, como se dice; sino una mera coma en la gran página humanitaria, y en cuya coma nos reposamos todos, mas ó menos tarde, para luego seguir leyendo hasta los siglos de los siglos en *esa enciclopedia del destino*, volumen inmenso, donde leen á la vez, sin estorbarse, todas las generaciones habidas que pasaron; *in fólum* admirable, que con ser tan grande es el Supremo Hacedor tan infinito que lo emplea como su libro de memoria... esto es así como V. lo oye, señor hidalgo, y allí están escritas todas las buenas obras que V. ha hecho, y lo estarán las que se dispone V. á hacer en este solemnisimo momento.

El mayorazgo, ni aun en su estado normal hubiera alcanzado á comprender á Martin; y por consiguiente mucho menos en el caso de apuro en que se hallaba, porque el pobre tenia tanto y tanto dolor enemigo de su existencia, y de tal manera martilladas las entrañas que apenas oía mas que los terribles golpes que le daban, y solo apetecía reposar.

Visto por el escribano que aquel hombre se iba como un descosido, trató de atender á lo importante de su negocio, y abreviando las finezas, dijo al señor cura que presenciara el acto como segundo testigo.

Convino el párroco, y como el enfermo en uno de sus mil paratismos no diera señales de vida, empezó el sacerdote á agonizarlo á grandes voces, sin atender á Martin que pateaba; y por defuera oíanse plañidos...

Ya el alma de este contrito descansa en paz, dijo el pár-

roco con recogimiento religioso; y Martín replicó que no daría fe de ello, porque ni sabía el camino que pudiera llevar el ánimo, ni había visto al cuerpo dar las tres boqueadas de reglamento, ni menos tirar las tres zancadas imprescindibles en todo acto de defunción.

—*Está muerto*, repuso el señor cura, y el escribano replicaba que *aun podía testar*.

En este altercado, el mozo Cainez que hasta entonces se había mostrado impasible, se acercó al mayorazgo, y le aplicó los labios al oído.

En aquel momento mismo, el cuerpo que parecía cadáver pegó un bote y quedó en cuclillas sobre la cama, levantó un brazo, abrió la boca y dijo: *Quiero testar en forma de derecho*.

El cura dió un salto atrás, el escribano un paso hácia adelante, el mozo tomó asiento junto á la mesa, sacó papel y dió principio al testamento.

Distribuía Timoteo Rincon sus mandas muy detenida y acertadamente; y al llegar á la repartición de diez mil duros que sus abuelos habían enterrado en el rincón mas oscuro del lagar, y que allí estaban, dijo que el señor cura se entregara de ellos para invertirlos en misas y limosnas.

Apenas soltada la palabra cuando ya estaba escrita al pié de la letra, y concluido que hubo, Martín redondeó al final con todas las fórmulas del *Febrero* aquel documento, y leído



The Admiralty.

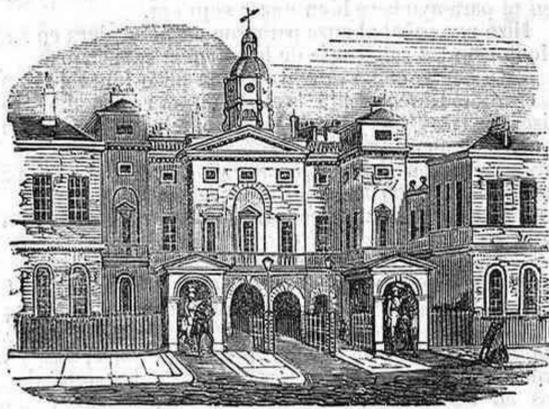
que fué en alta voz para entre los cuatro, firmaron los testigos y el paciente.

En tanto que Martín muy concienzudamente, al parecer, se esmeraba en garrapatear un signo *fac-simil* de la araña de San Jorge, con mas patas que un ciempiés, el señor cura llegose contentísimo al enfermo, y le dió de todo corazón la enhorabuena, esforzando su ánimo, y fortaleciendo su creencia en el poder de Dios; pero Timoteo Rincon, como si fuera un sapo, fijó en el sacerdote la estúpida mirada; y sin dar respuesta brincó en firme sobre las piernas otra vez, y cayó de golpe, quedando sobre el revuelto lecho mas tieso que unas tenazas.

No bien hubo caído, que empezó á hacer desaforados gestos, abrió la boca, sacudió las zancas, guiñó los ojos y sacó la lengua.

—*En tus manos, Señor, encomiendo su espíritu!* gritó el ministro de Dios al ver aquello, é iba á proseguir desencañado en el fervor de la plegaria; pero Martín le aconsejó que no se esforzara mucho, porque ya el alma de aquel hombre había salido en posta para la otra banda, y que allí mirara por su propio negocio.

—Oh señores! yo que soy sabedor de sus secretos sentimientos, afirmo que este feligrés que acaba de espirar, ha tenido la muerte del justo; y no dudo que su espíritu se bañará á estas horas en el inefable encanto de la bienaventuranza...



The Horse Guards.

—Eso es muy cierto, señor cura párroco; pero ha visto V. cómo el noble hidalgo hizo las tres cortesías de despedida, ni mas ni menos que yo dije?

—Oh! sí, lo he visto, y vi también que se esforzaba por pronunciar el credo y no podía.

En esto se abrió la puerta, y entraron la turba de interesados y de aduladores, llorando á caños: el escribano contuvo á las mugeres, y el cura arrojó el difunto con la sábana.

Tranquilizose á sus ruegos el concurso, y Martín se despidió para ir á sacar copia del testamento, porque el original debía radicar en la escribanía.

—Mañana serán públicas las mandas del hombre mas generoso y honrado, que sin saber de qué, como muchos otros, ha muerto en esta villa.

Así dijo al tomar la puerta, y siguióle detrás su amante.

A. ROS DE OLANO.

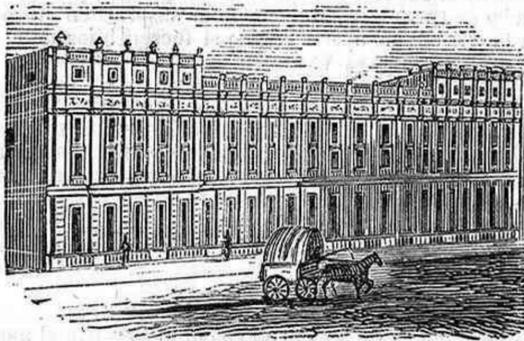


Statue of James II.

UN PASEO POR LONDRES.

(Continuacion.)

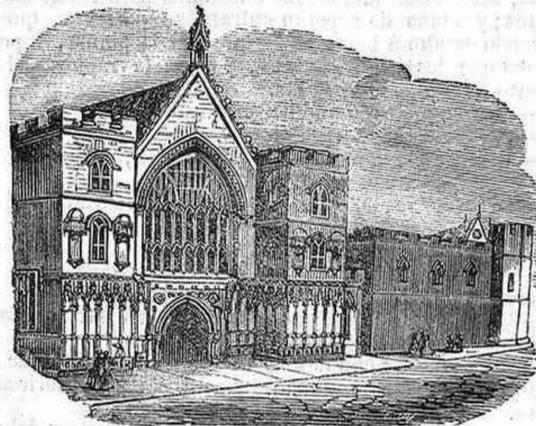
En la calle del Parlamento, *Parliament street*, se presenta al espectador el Almirantazgo, *THE ADMIRALTY*. Este es un extenso edificio construido de piedra y ladrillo por Ripley en el sitio donde existió *Wallingford-House* y propiamente en el lugar donde el arzobispo Usper tuvo la última entrevista con



The Treasury.

su monarca, Carlos I. Aquí existió también un telégrafo bajo el antiguo sistema; pero ha sido derruido desde que funcionan los telégrafos eléctricos.

Contiguo al Almirantazgo está el edificio llamado los Guardias á caballo, *THE HOUSE GUARDS*. Tiene este nombre por ser el lugar donde parte de las tropas de la reina se reúnen para el relevo de palacio. Es un edificio muy macizo, construido de piedra, y edificado por Nase en 1730. En su centro se eleva una cúpula sobre la cual hay un reloj. En el frontis hay dos garitas donde dos soldados de á caballo están de centinela con gran uniforme. Enfrente de las habitaciones del comandante



Westminster Hall.

en jefe, aparece un elegante edificio llamado *The Banqueting House*, obra de Inigo Jones; se compone principalmente de un gran salón de 4½ piés de alto. Su techo fué pintado por

Rubens, quien recibió 3,000 libras esterlinas por su trabajo. Carlos I fué ejecutado en 30 de enero de 1649, enfrente de este edificio.

A la espalda de *White-hall* está la estatua de bronce de Jaime II, *STATUE OF JAMES II*, que se considera como uno de los mejores retratos de aquel monarca. Es obra de Grinlin Gibbous, y fué fundida el año anterior de su abdicacion.

Desde *Richmond Terrace*, hermoso caserío habitado principalmente por la alta aristocracia, se domina la tesorería, *THE TREASURY*, edificio moderno erigido por sir Juan Soane



Statue of Canning.

sobre el local que ocupó el palacio del cardenal Wolsey. Aquí es donde se despachan los asuntos del interior del reino. Sigue la calle *Dowring*, donde se hallan las oficinas del presidente del ministerio, del canciller de la real hacienda, y un elegante caserío destinado para el tribunal de transacciones. La fachada de la tesorería es copia del templo de Júpiter Esclator en Roma. A espaldas de la calle *Parliament street* está *Canuou Row*, donde se halla la oficina llamada del *Controul*.

Al extremo de la calle del Parlamento se entra en *New Palace Yard*, que conduce á *WESTMISTER HALL*, cuyo grandioso salón tiene 275 piés de largo con 74 de ancho y 90 de alto. El techo es de roble esculpido al gusto gótico. Este salón se destinó primitivamente para funciones cívicas, y en cierta



Statue of Pitt.

ocasion Ricardo II obsequió en su recinto á 10,000 convidados. El parlamento se ha reunido en él varias veces, y fué el tribunal de justicia donde el soberano en persona presidia. Aquí fué juzgado el rey Carlos I, y condenado á la última pena: también ha sido el tribunal donde fueron juzgados muchos pares, y otras personas acusadas por la cámara baja de Inglaterra.

Cerca de la calle *Great George* se ve una estatua pedestre de Canning, *STATUE OF CANNING*, de mucho mérito, tanto por la semejanza, como por la parte artística.

En seguida debe verse la estatua, también pedestre, del célebre Pitt, político que tanto ha llamado la atención del parlamento inglés. La estatua de este célebre ministro se halla en la plaza llamada *Hannover Square*.

(Continuará.)